La conducta del congreso en esta época, hablando colectivamente, no puede presentarse (sentimos decirlo) como modelo de union y patriotismo.

Como hemos espuesto, todo el plan del gobierno estaba sujeto á una combinacion grave, en que cifraba todas sus esperanzas de salvacion.

El general Santa-Anna, sin pretenderlo sin duda, fué quien frustró toda esta obra de dilatados y asiduos trabajos.

De una manera intempestiva, sin consulta ni aviso, se anunció á las inmediaciones de Ayotla; y personas del gabinete, que con fundamento lo creyeron mal informado de los sucesos de México, fueron á dicho punto y tuvieron una larga conferencia con él.

Los Sres. Baranda, Trigueros y Ramirez (D. Fernando) asistieron á esta entrevista: en ella le esplicaron la conducta del gobierno, los motivos del nombramiento del Sr. Valencia, y sobre todo, los planes que venian por tierra con su venida inesperada. Por último, todos quisieron inducir á S. E. á que permaneciese con el mando del ejército, y dejase á Anaya en el poder, quedando así espedito para obrar en lo militar con la violencia y la consagracion absoluta que exigian las circunstancias.

Pero no faltó una voz aduladora que, en medio de la pompa de un discurso altisonante y lisonjero, dijera á Santa-Anna, que aquellas eran intrigas de sus enemigos y que debia volver al poder.

El cambio de Santa-Anna fué completo; y lleno de desconfianza, por una parte, inconsecuente con los amigos que lo habian rehabilitado despues del desastre de Cerro-Gordo, y receloso del poder que suponia habia adquirido Valencia, asaltó, por espresarnos así, la capital al siguiente dia, y sin noticiar nada al Sr. Anaya, se apoderó el mando, rompiendo de aquella manera con el partido moderado, que vió salir á su caballeroso candidato de Palacio de la manera mas desairada.

A muy poco tiempo conoció el general Santa-Anna cuán comprometida era la posicion en que él solo se colocó; y la historia de su renuncia y contrarenuncia, son el mejor indicante de su situacion y del estado de su cerebro.

CAPITULO XIV.

MEXICO

EL DIA 9 DE AGOSTO DE 1847.

La marcha, tantas veces anunciada, y desmentida siempre, de los americanos sobre la capital, se verificó por fin en los primeros dias del mes de Agosto, en que salieron de Puebla, donde dejaron una corta guarnicion. Los dias 7, 8, 9 y 10 se pusieron en camino succesivamente las divisiones de Twiggs, Quitman, Worth y Pillow. El gobierno mexicano supo oportunamente esta interesante noticia, y tomó desde luego las medidas convenientes para que el enemigo encontrara una resistencia obstinada.

Desde que llegó á Mexico la infausta nueva de la derrota de Cerro-Gordo, el ejecutivo, como hemos visto en el capítulo anterior, empezó á hacer esfuerzos para presentar mas tropas en campaña; lo que desmiente el cargo que el espíititu de partido ha hecho al Sr. Anaya, culpándolo de que no pensó en preparar nuevos medios de defensa.

La llegada del general Santa-Anna con los restos de la fuerza de Cerro-Gordo y la brigada del general Leon, cambió completamente el aspecto de los negocios públicos. Vuelto á encargarse de la presidencia, una de sus primeras disposiciones fué la de que se defendie-

ra la capital á toda costa; idea que, prescindiendo de si debe calificarse de buena ó mala en el ramo militar, no podia ménos de ser aprobada por el patriotismo, porque aun en el caso mas desesperado, era sin disputa mas glorioso sucumbir peleando, que dejar abiertas las puertas de México sin disparar un tiro á las tropas norte-americanas.

Sin embargo, la defensa de la capital presentaba obstáculos muy difíciles de superar. Siendo una ciudad abierta por todas partes, necesitaba, para estar á cubierto de un golpe de mano de los enemigos, que se levantasen en su alrededor buenas fortificaciones, y que se contara para defenderlas con un ejército considerable y un número crecido de piezas de artillería. Lo primero exigia tiempo y dinero, elementos ámbos que escaseaban sobremanera. En cuanto á lo segundo, las tropas disponibles, aunque eran de cerca de veinte mil hombres, no bastaban para sostener una línea tan prolongada, y la artillería no era ni con mucho la necesaria para todos los puntos en que debia jugar.

A pesar de estos inconvenientes, y de otros que seria largo enumerar, se comenzaron á hacer preparativos de defensa, procurándose remediar aquellos de la mejor manera posible. Al efecto se empezó á trabajar con ardor en las fortificaciones. Se levantaron nuevas fuerzas, á las que se proporcionaron equipos y armas, dándoles á la vez la instruccion somera que permitia el corto tiempo disponible. Se mandó acercar á la capital al ejército del Norte, que acababa de ponerse á las órdenes del general de division D. Gabriel Valencia. En la maestranza de artillería se trabajó con empeño en fundir cañones, en arreglar los descompuestos, en la recomposicion de fusiles, en la construccion y reposicion de toda clase de armamento. En la fábrica de pólvora de Santa Fe se trabajaba con no ménos constancia, proveyendo al ejército de un número muy considerable de bombas, granadas, balas de cañon y de fusil y botes de metralla.

Muy digno de elogio fué el teniente coronel de artillería D. Bruno Aguilar, encargado de la construccion de varias piezas, para cuyo costo reunió la mayor parte de los fondos necesarios el esfuerzo patriótico de una junta de particulares formada con este objeto. Los cañones á la Payxan que hizo el gefe mencionado, merecieron los ma-

yores elogios de los inteligentes, por la perfeccion con que fueron trabajados, quedando iguales á los que traia el enemigo, y no llevándoles tampoco ventaja alguna los de los ejércitos de las naciones mas adelantadas en el arte de la guerra.

En cuanto á recursos pecuniarios, no podemos especificar los que entónces habia, porque ó tendriamos que limitarnos á dar una noticia demasiado diminuta y sucinta, de lo que resultaria falta de claridad en el artículo, ó nos veriamos obligados á referir la historia de los negocios financieros de la época; materia que necesitaria una obra aparte para tratarse debidamente. Nos conformarémos, pues, con manifestar que, á pesar de que hubo entradas considerables, no se contaba con el dinero preciso para cubrir el cuantioso presupuesto del ramo de guerra; que el escándalo y el despilfarro de las rentas públicas, mal inveterado y crónico, continuó entónces, y que solo se atendia á las necesidades mas urgentes de la situacion, disminuidos aun los recursos disponibles en beneficio de algunos de los agentes por cuyas manos impuras pasaban.

El cúmulo de los esfuerzos referidos, en que tenia parte muy activa el presidente Santa-Anna, presagiaba un éxito feliz para la defensa proyectada. El ánimo de los habitantes de la capital, fuertemente consternado cuando se recibieron las noticias de Cerro-Gordo, comenzaba á cobrar confianza, á esperar que se acercaba el dia de la vindicacion de nuestro honor y del triunfo de nuestras armas. Notábase el regocijo en los semblantes de los buenos ciudadanos: los egoistas y malvados escondian sus sentimientos con cuidado, aparentando participar de los de una mayoría inmensa de mexicanos: los partidarios de la paz, cual pobres vergonzantes, no se atrevian á confesar su sentir, y el grito de guerra se escuchaba de uno á otro estremo de la poblacion.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 9 de Agosto á las dos de la tarde, el cañonazo de alarma anunció la venida de los enemigos. Desde por la mañana se supo en el público con certeza esta noticia, que habia empezado á circular la noche anterior, de manera que, á la hora espresada, la gran plaza de la constitucion estaba llena de gente. Luego que se disparó el cañonazo, se tocó generala: las músicas de los cuerpos, reunidas tambien en la plaza, se dirigieron á sus respec-

tivos cuarteles, tocando dianas: los soldados de Guardia Nacional corrieron á los suyos, cumpliendo con la órden del general en gefe; y el resto del pueblo, derramándose por la poblacion, prorumpia en vivas, y no escaseaba aplausos, sintiendo en su pecho los primeros síntomas del entusiasmo que armó su brazo cuando la ciudad cayó en poder de los estrangeros.

Darémos en este lugar, aunque ligeramente, una noticia de la fuerza con que se contaba, de las fortificaciones que se habian levantado y del plan que se supo despues se habia formado para la defensa de la capital. Este consistia en esperar al enemigo dentro de los atrincheramientos, y cuando empeñara el ataque contra algun punto, resistir denodadamente, miéntras el ejército del Norte lo acometia por un flanco, y la caballería, que mandaba el general Alvarez, cargaba sobre su retaguardia. Batido así por todas partes, sin esperanza de refuerzos, era muy probable que tuviera que sucumbir, aunque no sin ocasionarnos una pérdida bastante costosa. Por otra parte, una sola derrota era suficiente para la destruccion de las tropas americanas, al paso que las nuestras podrian sufrir varias, sin que se decidiera el éxito de la contienda.

Entre las fortificaciones, habia algunas que hacian honor á sus autores. La mejor era la del Peñon viejo, dirigida por el hábil oficial de ingenieros D. Manuel Robles, y que por ser la primera que el enemigo tenia que encontrar en el camino recto de Puebla á México, era la que se creia mas espuesta á sus ataques. Esa defendia el lado del Oriente. Por el rumbo del Sur se encontraban las de Mexicalcingo, San Antonio, convento y puente de Churubusco, algunas no concluidas todavia. Al Suroeste se levantaba la fortaleza de Chapultepec, en que las obras del arte aumentaban su defensa natural, y cuya artillería alcanzaba igualmante al camino que va por el Oeste á la garita de San Cosme, fortificada tambien, lo mismo que la de Santo Tomas. Por el Norte no habia obras avanzadas: toda la defensa se reducia á las de las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo. En la villa de Guadalupe estaba el ejército del Norte, que marchó despues á Texcoco, para poder dispararse desde aquella escelente posicion sobre el flanco de los americanos.

A mas de esa division, y de la de caballería del general Alvarez,

habia sobre las armas dentro de la ciudad y en sus cercanías una fuerza respetable. Esta se componia, en parte, de tropas permanentes, y en parte de las de Guardia Nacional, distribuidas unas y otras de la manera siguiente.

La brigada del general Terrés se componia del batallon 1.° activo de México, del de Lagos y del 2.° ligero de infantería; la del general Martinez, del activo de Morelia y del cuerpo de inválidos; la del general Rangel, de los Granaderos de la Guardia, del mixto de Santa-Anna, de San Blas, de Nacionales de Morelia y de la compañía de San Patricio; la del general Perez, del 1.°, 3.° y 4. ligeros y del 11.° de línea; la del general Leon, del batallon activo de Oajaca, 10.° de infantería, activo de Querétaro, nacionales de idem, y Mina, de la Guardia Nacional del Distrito; la del general Anaya, de Independencia, Bravos, Victoria é Hidalgo; la del coronel Zerecero, de varios piquetes de Aldama, Galeana y Matamoros, del batallon de Acapulco, y de parte de los batallones de Tlapa y Libertad. Otros cuerpos del Sur estuvieron en San Angel y Coyoacan á las órdenes del general Andrade, y luego á las superiores del Sr. Bravo, que mandaba toda la línea.

Como gefes de artillería funcionaban: el general Carrera, director del arma; el coronel Partearroyo, que estaba de comandante general de la misma en el ejército; el coronel Aguado, que mandaba un batallon de artillería de á pié, y el coronel Iglesias, que era gefe de la de á caballo. Las piezas útiles para el servicio eran ciento cuatro; de manera, que ha sido una impostura lo que se ha dicho por los enemigos sobre el número de cañones con que contábamos. Esto se ha hecho para mas ensalzar sus triunfos; y el mismo fin se ha propuesto el general Scott, al publicar en sus partes oficiales, que el ejército mexicano constaba de treinta mil hombres, y que todo él peleó en cuantas batallas se dieron en el valle de México.

Los que están bien impuestos de los sucesos ocurridos, saben que semejante asercion es enteramente falsa, y que por el contrario, no hubo una sola accion en que los americanos no tuvieran una fuerza superior á la que por nuestra parte les resistia. En Padierna no se batió mas que el ejército del Norte, fuerte de ménos de cuatro mil hombres; en San Antonio, una seccion muy corta fué la única que de-

tuvo al general Worth, miéntras el resto de las tropas se retiraba; en el convento de Churubusco la defensa se hizo por solo los batallones de Independencia y Bravos, reforzados por la compañía de San Patricio y unos piquetes de otros cuerpos; en el Puente de Churubusco no resistió mas que la brigada del general Perez: en el Molino del Rey pelearon solamente las brigadas de Leon y Perez, y parte de la de Rangel, formada nuevamente, á las órdenes del general Ramirez: en Chapultepec, ochocientos soldados era toda la fuerza que tenia arriba bajo su mando el general Bravo, y abajo habia como seiscientos; y en las garitas y la Ciudadela tampoco combatieron sino cuerpos aislados y en corto número.

Era director de ingenieros el general Mora y Villamil, y los principales gefes del cuerpo, que estuvieron de directores de obras, fueron los generales Liceaga, Monterde y Blanco (D. Miguel), el teniente coronel Cano y los dos hermanos Robles.

Las esperanzas que daban las fuerzas que acabamos de mencionar, provenian ménos de su número que de su bondad. El ejército del Norte, que servia de auxiliar, se componia de la flor de los veteranos de la República: familiarizados con el peligro, en guerra casi continua en la frontera desde el año de 836, estraños á los goces y comodidades de la vida, habituados á sufrimientos de toda clase, ¿quién no habia de creer que cooperarian de la manera mas activa á la destruccion de los americanos? Entre las tropas que formaban el ejército de Oriente, si bien una gran parte consistia en gente colecticia y sin disciplina, habia tambien brigadas que merecian justo renombre, sobresaliendo entre ellas la del general D. Francisco Perez, destinada á servir de reserva, y que constaba de cuerpos de alta reputacion en el concepto público. Los gefes y oficiales de ámbos ejércitos eran en su generalidad valientes, aunque no escaseaban los cobardes é ineptos, aun entre las clases mas elevadas, que huyeron en los combates, llegando su degradacion hasta despojarse, para no ser reconocidos, de las insignias que debian al favoritismo y á la prostitucion.

Los cuerpos de Guardia Nacional no estaban avezados al fuego: la mayor parte de los que la componian, iban por primera vez á desafiar á la muerte en un campo de batalla; pero llenos de honor y delicadeza, presentaban la garantía de que no volverian la espalda al

enemigo, si no por valor, sí al ménos por pundonor y vergüenza. Cuando el cañonazo de alarma avisó que habia llegado la hora del peligro, se les vió acudir con regocijo á los puestos que les señalaba el deber. Desde el pronunciamiento de Febrero se habian separado de sus filas los que no quisieron tomar parte en esa sublevacion, y despues habia ido disminuyendo poco á poco el número de fuerza de cada cuerpo; pero cuando llegó el momento de verdadera prueba, todos los separados volvieron al servicio, se presentaron otros muchos que ántes no habian tomado las armas, y los batallones contaron bajo sus banderas mas soldados que en cualquiera otra época anterior. Allí se encontraban, el proletario miserable, el artesano honrado, el trabajador comerciante, el caritativo médico, el abogado laborioso, el oficial retirado. Confundidos el pobre y el rico, el juicioso y el calavera, el estudioso y el disipado, formaban un conjunto en que habia hombres de todas las opiniones, de todos los partidos, de todas las edades, de todas las clases de la sociedad, unidos con un vínculo fraternal, el de mexicanos.

Las bendiciones y el amor de la ciudad entera ofrecian una recompensa anticipada á sus patrióticos afanes. Y esto no era un desaire á las tropas permanentes, como algunos han interpretado siniestramente: se apreciaba, como era justo, la decision y el valor de los soldados del ejército; pero la Guardia Nacional estaba enlazada á los habitantes con los lazos mas estrechos de la amistad y el parentesco: casi no habia familia que no tuviera en ella un padre, un amante, un hermano, un deudo, y era muy natural que sus muestras de interes recayeran principalmente sobre los que tantos títulos tenian á su consideracion.

Miéntras los americanos no salieron de Puebla, el ejército de Oriente estuvo á las órdenes del general de brigada D. Manuel María Lombardini; mas al acercarse aquellos á la capital, reasumió el mando de todas las fuerzas el general presidente D. Antonio Lopez de Santa-Anna. El pensamiento de la guerra estrangera absorvia entónces todos los ánimos: los enemigos de dicho general habian enmudecido: nadie maquinaba contra el primer gefe del estado: sus disposiciones eran acatadas y obedecidas, sin que persona alguna osara poner trabas á las órdenes que se dirigian á hacer mas enérgica la defensa contra el invasor.

La prensa, que de buena fe clamaba por la guerra y contra los abusos, vió sus intenciones torpemente interpretadas, y un acto de despotismo destruyó su libertad, violando una de las primeras garantías de los ciudadanos. Los escritores públicos que, en ocasiones semejantes, habian formado enérgicas protestas, y al sucumbir á la fuerza levantado el grito contra el opresor, callaron entónces humildemente, sin proferir siquiera una queja contra una órden destituida de todo fundamento. El menor indicio de oposicion se hubiera calificado de traicion: la prensa enmudeció, deseando por única venganza que el lauro del triunfo coronara la frente del que ahogaba su voz con una afrentosa mordaza.

En la tarde del 9, la brigada del general Leon, que era una de las destinadas á cubrir las fortificaciones del Peñon, se puso en marcha. El tránsito estaba cubierto de gente: los cuerpos marchaban al compas de una música militar: su aspecto guerrero, su alegría, su entusiasmo, llenaban de gozo todos los corazones: aquellos valientes marchaban al combate como á un festin, como á un convite de amigos. Por donde quiera se escuchaban vivas al ejército, al general Santa-Anna, á la República; y el contento universal presagiaba dias de prosperidad, en que la nacion, independiente y regenerada, ocuparia el lugar que le corresponde en el hemisferio de Colon. La mas espantosa realidad disipó, pocos dias despues, estas halagüeñas ilusiones.

CAPITULO XV.

EL PEÑON.

¿Son éstos los garzones delicados
Entre sedas y aromas arrullados?
OLMEDO, CANTO Á JUNIN.

¿Buscais en este artículo la relacion de los combates, el interes político, algo, en fin, que satisfaga la curiosidad, que interprete de alguna manera las pasiones palpitantes de la época? Os engañais. Como los que escriben estas leyendas son mexicanos, no pudieron dejar de consignar en un libro, como el que nos ocupa, un tributo á los recuerdos mas tiernos de México, una página mas bien relacionada con nuestro corazon que con nuestros intereses, una de esas escenas de la vida íntima de los pueblos, que tienen para nosotros la ternura de familia, que indiferentes para los estraños, hallan su correspondencia en el fondo de nuestras almas.

Será esto para algunos un episodio imprudente, tal vez un ripio; para otros será el relicario de sus recuerdos, la consagracion de sus memorias queridas, el noble esfuerzo de que sobrevivan para la ternura nacional los dias ¡ay! demasiados fugaces, en que soñamos con la vindicacion de la patria y con su gloria.

México está conmovida; el bronce de guerra ha interrumpido su silencio lúgubre. Convertida en una vasta ciudadela, todo es agitacion,